

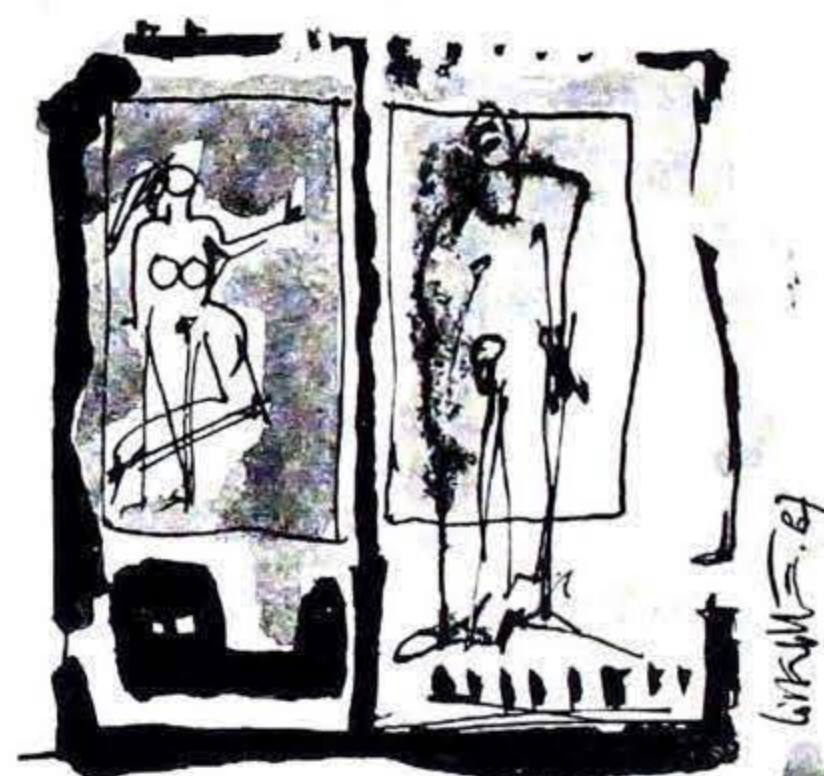
inmensas son las montañas en que descansa peligrosamente la urbe. Personajes éstos feroces, y cómicos, si no fueran tan verdaderos y tan abundantes por toda la historia y geografía de occidente. En el momento en que el protagonista entra a formar parte de la administración municipal, nos encontramos con la estrambótica oratoria del gobernador, "de pura estirpe grecolatina", según el alto dignatario; la inclemencia de la viuda influyente, cuya idea principal es mantener a la población ignorante, católica y pobre; la monjita que cría niñas huérfanas para después emplearlas de sirvientas en las casas ricas o aventárselas a viejos desdentados que pagan con pedazos de tierra o a los adolescentes onanistas que se gestan en el seno de las buenas familias; los revolucionarios que, carcomidos por el cliché, la mediocridad y las ansias de reconocimiento, destruyen todo como ni siquiera el más estancado de los cerebros oficiales podría efectuarlo. Ya por aquí el título del libro se ha vuelto jirones. Pero me parece que la superioridad de esta novela reside en el hecho de que su autor, desde ningún punto de vista, busca deslumbrar turistas, como lo hicieron no pocos de sus antecesores inmediatos en este difícil trabajo de la literatura. Por el contrario, aunque escrito en un lenguaje bello y rico, de tradición colombiana y que inclusive rinde homenaje a Rubén Darío y al modernismo en general, con su sarcasmo incisivo, el libro es un ataque lapidario a la oficina de turismo, que siempre nos anda pintando como si nuestra América fuera un lugar de diversión, un inmenso balneario para ir a pasar vacaciones bajo un sol brillante, a gozar de unas semanas rodeado de bailarinas semidesnudas, servirles a los visitantes de los países "civilizados" sin oponerse a que hagan el basurero que siempre dejan al regresar tostados a sus oficinas computarizadas y hediondas en sus avanzadísimas ciudades polucionadas. La palabra *torvo* es una constante en el libro —no es éste un mundo feliz, exótico, paradisiaco—. Haciendo equilibrio en lo alto de los Andes, la ciudad alberga unos personajes muy similares a los mismos aburridos de la

vida que, si en la ciudad más bella de los Andes finales beben su desgracia, en el interior de Estados Unidos, estarían viendo ridiculeces televisadas para matar su tedio. Aquí no hay aborígenes ni buen salvaje: la ciudad y sus gentes sufren de los mismos males —aburrimiento, egoísmo, odio— que sufren los habitantes de los países desarrollados. Y no hay nostalgia en querer atravesársele a todo este desastre que ha surgido en la ciudad compañera de volcanes y cumbres nevadas. No hay aquí eso de "todo tiempo pasado fue mejor". Lavándose las manos y dejando que la situación sea tomada por un temblor de tierra, el autor nos muestra con humor despiadado la destrucción de la catedral, símbolo de una mística esclavitud pasada, de la que aún quedan vestigios por todas partes.

El personaje principal, después de muchos encontronazos con la realidad que lo apabulla, como les pasa a muchos ingenuos, se libra sardónicamente entrando en la locura. Nunca antes había visto tanta ternura como al final de esta novela por parte de su autor hacia aquellos que la sociedad califica de locos. Hay una comprensión y una inteligencia en el trato de este personaje que ha decidido abandonarlo todo sabiamente después de su lección bien aprendida; es esto una paliza más a esa sociedad reseca de ideales que se nos presenta en la novela. Sólo esa persona evasiva que fue amante del personaje, y que ahora, como todos aquellos que no se amoldan a tradicionales papeles, ha tenido que llegar a la prostitución, puede elucidar y decirle a Quijano: "No estás loco, antes lo estabas pero ya no". Tras la paliza que la sociedad brinda al Quijano soñador, tras una época de acusadora y bella "demenia" en la que publica su hojita *El Diablo*, tras rulfiana conversación con sus padres muertos y él mismo de niño, llega la calma, regresa el amor y el Quijano pletórico de experiencia, con su ninfa de otros tiempos, abandona ese mundo civilizado y por ende bestial, que al fin y al cabo termina saliéndose con la sucia y pequeña suya. Trastocando todos los valores establecidos, con voces, unas bellas, otras terribles, que he querido no

citar para así dejar al lector la sorpresa del deleite, Eduardo García Aguilar nos brinda su primera novela sin ninguna concesión ni gratuidad. Ese no buscar el impacto comercial, ese rehusar mentir y amoldarse al cliché que de nosotros los latinoamericanos han creado las mentes perezosas en los países avanzados es lo que hace de *Tierra de leones* un capítulo aparte en la literatura. Es este un libro que con toda la fuerza de la narrativa moderna nos muestra la grave situación en los altos Andes, nos describe la belleza prisionera de la región, y que reta a quien se atreva a estultamente pisotear su ya deplorable estado.

SILVIO MARTINEZ PALAU.



Tradición de maestros

En diciembre llegaban las brisas.

Marvel Moreno.

Plaza y Janés, Barcelona, 1987, 283 págs.

Esta ambiciosa novela de la barranquillera Marvel Moreno contiene casos y cosas suficientes para llenar tres libros. De hecho, está compuesta de tres partes, separadas y bien definidas, con unidad y coherencia cada una, pero que al sumarse no se integran en una totalidad argumental.

Hay, sí, totalidad de ambiente, de estilo, de tema: la vida de la clase alta de Barranquilla en el período 1940-

1960, narrada con fluidez y minuciosidad; y sobre todo, la lucha entre los sexos, la forma cómo tres mujeres —Dora, Catalina, Beatriz—, cuyas vidas no se cruzan, afrontan la violencia masculina.

Las enlaza un personaje un tanto amorfo: Lina, cuyo papel es el de la investigadora que recibe confesiones, observa, y poco a poco dibuja el mapa de la vida de los demás. Por rara coincidencia se encuentra presente en los momentos dramáticos; tiene acceso a secretos íntimos, a conflictos familiares, a las motivaciones de los personajes. Testigo de la vida ajena, siempre está obsesionada por conocer más, por interpretar, justificar. Es decir, Lina es el álter ego de Marvel, o su recurso para narrar en tercera persona.

Se trata, por supuesto, de una técnica común: entre los colombianos que la han usado recientemente está Pedro Gómez Valderrama en su novela *La otra raya del tigre*, en la que un personaje, también poco definido, "El abuelo", sirve de testigo a la vida legendaria del alemán Geo von Lengerke en tierras de Santander. Estos personajes-comodín no actúan con naturalidad, puesto que al asumir una omnisciencia exagerada pierden verosimilitud. Más que una ayuda, constituyen un tropiezo en la lectura.



Lina participa siempre pero actúa poco. A veces aconseja o sugiere pero se guarda de asumir papel preponderante y nos quedamos sin conocerla. En estas condiciones, me parece, no hay personaje central. Y la novela pierde coherencia.

En cuanto a los temas tratados, las mujeres van ocupando las varias posiciones sociales: novia, esposa, madre; amante, querida, prostituta. Los matrimonios se hacen por convenciencia, los recién llegados luchan por ascender; se describen los concursos de belleza en el Country Club, las fiestas suntuarias de alcohol y sexo en las quintas de Puerto Colombia, los primeros amores de las muchachas de La Enseñanza, las vidas extrañas de emigrantes que llegaron huyendo de la guerra, los chismes escandalosos, los vicios ocultos, las consejas de tías y sirvientas; la moda del bluyín; los cocacolos; Tyrone Power y John Wayne . . . es decir, toda una época de la clase alta barranquillera.

Dora, más que mujer, es hembra, "capaz de fecundarse a sí misma; palpitación marina" (pág. 13). Es sensual "incluso en el silencio". Pasa por varios hombres hasta que Benito Suárez la rescata de su destino anunciado de prostitución, y después de once años de matrimonio logra convertirla en un ente que tenía "la rara propiedad de existir a medias. Más que alguien era algo que aparecía o desaparecía según el humor de su esposo" (pág. 68). La protagonista de la segunda parte, Catalina, es hija de Divina Arriaga, y hereda de su madre no sólo la belleza y el dinero, sino también su prestigio dudoso. Se casa con el psiquiatra Alvaro Espinoza, de oscuros instintos, quien creía que "el objeto de las mujeres no era reír, gozar o amar . . . sino asumir el dolor de la humanidad" (pág. 140). Beatriz Avendaño, en la tercera parte, amnésica y desequilibrada por culpa de la vida licenciosa de su padre, se casa con Javier Freisen, de origen francés, quien usa un complicado arsenal de instrumentos para producirle el placer erótico.

Esta estructuración tríptica tiene su contraparte en el plano del estilo, por la frecuencia de conjuntos trinarrios de verbos, sustantivos, adjetivos

e inclusive frases que se refieren al mismo hecho, y le dan al discurso una cadencia redundante, a veces poética, a veces barroca: "en vano ensayaba razones, promesas, regalos" (pág. 75); "emprender, perseguir o llevar a cabo" (pág. 79); "permitiéndole adivinar, aprehender y compartir" (pág. 87). La realidad así descrita parece surcada por mil luces, atiborrada de arabescos, y es propia de muchos narradores costeños.

Es importante mencionar otra característica de la prosa de Marvel: las descripciones circulares de estilo proustiano. Una y otra vez regresa a los mismos hechos, desde puntos de vista diferentes y con explicaciones distintas, con más información, para ahondar en lo tratado. "Sólo logró precisar el sentido de sus palabras mucho tiempo después, al encontrar su eco en París . . ." (pág. 42). Así, los tiempos se superponen. El uso de este recurso amplía el horizonte de lo descrito, dándole abundancia de contextos. Una conversación, una obra de teatro, de improviso, aportan el elemento que hacía falta para comprender una cadena de hechos ocurrida veinte años atrás.

De Proust también busca el aliento totalizador para recuperar un pasado, la minuciosidad de las descripciones, las agudezas psicológicas y, sobre todo, en la tercera parte el ambiente de "la Torre del italiano", la mansión de una de las tías de Lina, en donde solía interpretarse cierta sonata para piano y viola . . .

Por otro lado, no describe directamente a los personajes: deja caer un nombre, como al azar, y luego, en párrafos o capítulos sucesivos va entregando, a gotas, sus características, hasta desembocar en una revelación sorprendente, de un modo que recuerda a García Márquez. El ambiente de realismo mágico se acentúa por la presencia de personajes "desaforados" como Benito y Dora, por ciertos adjetivos y expresiones como "¡para siempre!", "mirada impávida", "silencio desolado", "prostituta desalmada", "inconmensurable despelote"; por la descripción de un matrimonio entre primos con su secuela de castigo, y por las descripciones del pueblo de Sabanalarga.

Sobre cada hecho, pues, confluyen tiempos distintos, utilizando un contrapunto entre el ayer (Barranquilla) y el presente en que se efectúa la escritura (París). El pasado se explica por "una especie de alquimia secreta entre los hechos, formada de reacciones minúsculas y asociaciones imprevistas" (pág. 167), alquimia cuya fórmula se estudia apelando a las teorías de Freud, Nietzsche, Engels, Reich, lo que le da al discurso, en estos apartes, un tono académico.

Estas sutilezas e intertextualidades reflejas están bien manejadas: Marvel Moreno no trata solamente de pintar o recrear un mundo: trata de comprenderlo. Lo evoca con nostalgia. Lo explica con erudición y lo critica con una mezcla de ternura y odio. Pero allí no termina la faena: el juicio final, como ocurre siempre, tendrá que ser hecho por el lector.

ALVARO PINEDA BOTERO.

Con trino

Toche bemol

Joaquín Piñeros Corpas.

Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1985, 50 págs.

No tuve infancia. La perdí leyendo los libros que no tocaba en el momento en que no debía. Quizá por ello la voy recuperando ahora a través de libros como el de Joaquín Piñeros Corpas, editado en Buenos Aires por la Editorial Plus Ultra, como número 1 de su serie Leer e Interpretar, ilustrado con acuarelas de María Elena Ronderos de Ungar. Se llama *Toche bemol* y es la historia de un pájaro colombiano que aprendió a cantar bambucos.

Curioso destino el de los libros, casi tan curioso como el de los hombres. Conocí a Joaquín Piñeros Corpas en Bogotá como un señor serio y grave, que siempre usaba corbatín y chaleco, y que parecía dirigir entidades tan intimidantes como fantasmales. ¿Qué

otra cosa si no podría ser el Colegio Máximo de las Academias, donde una tarde me recibió, en atmósfera venerable de manuscritos e infolios de nuestros próceres históricos e incluso de nuestros próceres literarios, aun más venerables? Vi así al Piñeros Corpas difusor cultural. Ahora, varios años después de su muerte (28 de mayo de 1915 - 31 de agosto de 1982) me he encontrado con el escritor.

Como buen conservador, Piñeros Corpas creía en la tradición. Una tradición que en nuestros países, jóvenes y precarios, parece siempre incipiente: basta pensar que sólo ahora se van a cumplir quinientos años del descubrimiento de América. Quizás por ello Piñeros Corpas se fue mucho más atrás, y en una obra como *Fomagata* (Bogotá, Banco de la República, 1979) trató de reconstruir la vida de los indios en las postrimerías del reino muisca, apoyándose en los cronistas: aquellos fray Pedro Simón, Lucas Fernández de Piedrahíta y Juan Rodríguez Freyle que le dan respaldo documental e imaginativo para fabular una historia al alcance de todos, y de los niños principalmente.



Podemos reconstruir así su itinerario espiritual, que lo llevó a realizar *El libro del nuevo Reino. Visión de Colombia* (Bogotá, Editorial Voluntad, 1966), un breviario bilingüe de introducción al país, como su *Breviario colombiano de la naturaleza* (Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1967), donde poemas colombianos, ilustraciones de Margarita Lozano y fábulas de Piñeros Corpas se integran para continuar buscando las raíces de nuestra nacionalidad. El trasfondo campesino idealizado en moraleja ejemplarizante. Hecho curioso: estas

búsquedas no se apoyaron sólo en la letra impresa. Apelaban siempre a los dibujos, sea en blanco y negro o en color, o a la música, una de sus obsesiones.

¿Qué música oyó Bolívar? ¿Qué aires acompañaron sus batallas o secundaron sus bailes? La pregunta era buena, y Piñeros Corpas la respondió fonográficamente, como debía ser.

Si la cultura no es todo, no tiene ningún sentido. Ella va de la naturaleza a las ciudades, y de la comida al vestido. A esa obra de recuperación global dedicó Piñeros Corpas su entusiasmo. Pero preservar monumentos y tradiciones sin conferirles la calidez viva de las nuevas miradas no tiene mucho sentido. Por ello decidió popularizarlos por medio de fábulas, leyendas, cuentos escénicos o novelas de ambiente provinciano. Algo de maestro había en él, de abuelo que cuenta para sus nietos narraciones legendarias. Buena parte de su producción literaria está marcada por tal propósito didáctico. Y por el otro: el de la recuperación de las raíces ancestrales. Uno de los capítulos de *Fomagata* se titula precisamente "Necesidad de patrio arraigo". Tal lo que iba a hacer con su aire de pedagogo regañón y muy católico.

Si refiriéndonos ahora a *Toche bemol*, y en forma por demás arbitraria, redujéramos sus diversas parábolas a la más pedestre e insignificante, veríamos cómo ésta no sería otra que la muy recomendable de exhortar a los niños para que no maten pájaros, disparándoles con caucheras. Pero no. *Toche bemol* es algo más. Es la concreción, en la esfera literaria, de un propósito que caracterizó a los hombres de su generación, y más de cerca a sus compañeros de promoción literaria, encabezados por el también fallecido Eduardo Carranza. ¿Qué buscaban ellos?

Quizá, como José Joaquín Casas, volver al terruño para desde allí exaltar la patria. Cantarla, enamorarse de ella, creerla aun más espiritual y bella de lo que era, envolviéndola en trinos y metáforas. Era, como se ve, una empresa ilusionada. Una empresa que la realidad parecía contradecir, paso a paso: emigración campesina a